

Panorama de las novelas del sicariato 1980 – 2005¹

Fredy Leonardo Reyes Albarracín²
Profesor Universidad Autónoma de Colombia



Martín Vidart y Fredy Leonardo Reyes.

El sicario –cuya palabra proviene del latín *sicarius*, que significa puñal– es una figura perturbadora para la sociedad colombiana, cuya representación literaria ha sido prolija, sobre todo en los últimos quince años, en los que la influencia del narcotráfico terminó convirtiendo la muerte en un negocio lucrativo. Desde el asesinato de Rodrigo Lara Bonilla, ministro de justicia del entonces presidente Belisario Betancourt Cuartas, acontecido el 30 de abril de 1984, el imaginario relaciona a los sicarios con niños y adolescentes, quienes integran temibles bandas delictivas, asentadas en los barrios marginales de las grandes ciudades del país. Lejos de las imágenes casi

¹ El presente documento forma parte de los resultados parciales obtenidos en el trabajo «Ciudad y narrativa: representación de la figura del sicario» que adelanto con el Sistema Universitario de Investigaciones de la Universidad Autónoma de Colombia.

² Comunicador social y Magíster en Literatura Latinoamericana. Docente de la Universidad Pedagógica Nacional.

➤ Dossier ➤

románticas de antaño – que registraban al sicario como un personaje elegante, discreto y prudente – los jóvenes al servicio de la Mafia alcanzan de manera negativa un reconocimiento social al interior de sus comunidades, gracias al nombre que se labran como asesinos.

Dos décadas después de la muerte de Lara Bonilla, aún me inquieta el rostro del entonces chiquillo Byron de Jesús Velásquez, quien manejaba esa noche la motocicleta. Quizás porque el recuerdo de su cara llorosa aún encierra el lado oscuro y siniestro de una realidad, manifiesta en las distintas expresiones de violencia que registra el país.

Aunque la representación literaria del sicario no se reduce a la figura del joven que habita en sectores marginales de Medellín, Cali o Bogotá, es indudable que es esta última imagen la que me inquieta y me confronta: inquieta, porque con cada asesinato que comete ese niño, implícitamente también se extingue la vida de un ser humano que lleva en su frente la marca de Caín, con la diferencia de que él sabe que tarde o temprano lo van a matar; confronta, porque al acercarse a su realidad no se puede soslayar las condiciones de pobreza, marginamiento y exclusión que definen su entorno, entendiendo que el delito, en muchos casos, es una acción que garantiza el sustento y la supervivencia.

Los autores colombianos contemporáneos han construido y recreado la imagen del sicario, confiriéndole distintos matices y enfoques. En algunos casos, las narraciones otorgan la palabra a los sicarios, con testimonios que expresan su querer y su sentir, en relatos fragmentados como fragmentado es su entorno social; en otros, las narraciones lo estetizan como víctima social, convirtiéndolo en una especie de mito y héroe picaresco; en otros, el sicario es presentando como una pieza más de la larga cadena que integra el narcotráfico, vinculando el negocio de la muerte con todas las esferas de la sociedad. De cualquier modo, es factible ubicar una serie de novelas y relatos testimoniales en torno al sicariato y, por extensión, al mismo fenómeno del narcotráfico, aglutinadas en tres grandes categorías:

La primera, permite ubicar aquellas novelas y relatos que dan cuenta de los inicios del fenómeno del narcotráfico y el sicariato, destacándose *La mala hierba* (1981) de Juan Gossain, *Tuyo es mi corazón* (1984) y *El cielo que perdimos* (1990) de Juan José Hoyos, y *La mirada de los condenados* (2003) de James Valderrama y Oscar Osorio³; la segunda, los autores centran su mirada en la figura del

³ *La mirada de los condenados* reconstruye la masacre de Diners Club, ocurrida en la ciudad de Cali el 3 de diciembre de 1984, cuando tres jóvenes asaltan la sede principal de Diners, ubicada en la tradicional Plaza Caicedo. El relato recrea la trágica muerte de nueve personas, asesinadas a sangre fría por los delincuentes, bajo el pretexto de limpiar cualquier indicio que los pudiera identificar como autores materiales del asalto. Aunque la historia no está vinculada ni con el narcotráfico ni con el sicariato,

➤ Dossier ➤

sicario, y su reconocimiento como sujeto social, con los libros testimoniales *No nacimos pa' semilla* (1990) de Alonso Salazar y *El pelaíta que no duró nada* (1991) del cineasta Víctor Gaviria, y las novelas *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, *Morir con papá* (1997) de Óscar Collazos, *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco Ramos y *Sangre ajena* (2000) de Arturo Alape; la tercera, las novelas se centran en el tema del narcotráfico y su injerencia en la sociedad colombiana, abordando el sicariato como una actividad más del complejo entramado que encierra el crimen organizado, con las novelas *Hijos de la nieve* (2000) de José Libardo Porras, *Comandante paraíso* (2002) de Gustavo Álvarez Gardeazábal y *Testamento de un hombre de negocios* (2004) de Luis Fayad.

Las anteriores novelas y testimonios ofrecen un panorama en relación con el sicariato, coincidiendo en varios aspectos, entre los cuales quisiera destacar:

Las novelas y testimonios apuntan a recrear las crisis de unos escenarios socioculturales inmersos entre la marginalidad y el apocalipsis. El sicario es representando como un personaje que, desde la periferia hacia el centro, se apropia de la ciudad, transformando sus escenarios, imponiendo reglas de comportamiento, introduciendo nuevos códigos lingüísticos y construyendo una nueva estética (corporal y musical, especialmente).

En consonancia con la literatura contemporánea, las novelas referenciadas dan cuenta de unos procesos de migración del campo a la ciudad, teniendo como principal referencia la violencia sociopolítica de los años cincuenta. Las novelas reflejan la interacción de una cultura rural al interior de unos escenarios urbanos, que transmuta dinámicas sociales y culturales, demostrando que el migrante no es un ente pasivo, porque desde el mismo momento que llega a la ciudad, comienza a trazar su huella, (re) localizando su pasado y construyendo su devenir. Hago referencia al migrante desde la categoría acuñada por Antonio Cornejo Polar de «sujeto migrante», tratando de comprender las tensiones de unos personajes que pendulan entre el allá y el acá.

Como una constante preocupación por parte de los escritores en relación con la crisis de valores que desata narcotráfico y sicariato, las distintas novelas reflejan que el «negocio» de la muerte transmuta los escenarios urbanos, al punto que, mediante los actos de sangre que recrean los escritores, se (re)conoce la ciudad y sus distintas mutaciones.

su importancia para el tema que nos ocupa está en lo que representa el acontecimiento en el imaginario colectivo de los caleños. De acuerdo con la investigación adelantada por Valderrama y Osorio, la gente relacionan la masacre con la degradación que comienza a experimentar la ciudad a partir del ascenso y consolidación del Cartel de Cali.

➤ Dossier ➤

Las distintas representaciones valoran el sicariato como una expresión violenta, engendrada en un conflicto social y económico, de la que los niños y los jóvenes terminan siendo víctimas, porque son la población más vulnerable. En tal sentido, llama la atención la preocupación de los autores por describir las múltiples y contradictorias sensaciones que experimentan los sicarios al momento de matar, en un intento por tratar de entender lo que significa el acto en términos individuales, pero también lo que éste significa para el conjunto social. A parte de que los personajes asumen el sicariato como un oficio, las representaciones denotan la degradación de la condición humana en toda su dimensión, lo que queda demostrado por la forma como el sicario concibe al otro, asumiéndolo como parte de una transacción comercial, que despoja a la víctima de cualquier rasgo de humanidad.

A mediados de la década del noventa, algunos investigadores (John Galán Casanova, Martha C. López, Germán Muñoz, entre otros) señalaban, por un lado, la condición invisible de los jóvenes; y, por otro, como los medios masivos construyen unos estereotipos que definen al joven como amenaza social. Afirmaba, por ejemplo, Galán Casanova que *«en la farsa nacional, los jóvenes fungen de maleantes o de payasos de almacén. Fuera de estos dos papeles, de no ser ídolos deportivos o algo parecido, los jóvenes son simplemente insignificantes, invisibles»*. En tal sentido, se reclamaba un mayor compromiso por parte de los artistas para explorar el (sub)mundo de las culturas juveniles, dado que para la época no se contaba con producciones en las que aparecieran las visiones propias de los jóvenes. Ocho años después, Maite Villoria Nolla cuestiona tanto la estética recreada por los escritores en torno al joven sicario como su *«reiterativa presencia en los textos narrativos»*, pues la *«sicaresca colombiana»* – como se le denominó al conjunto de relatos que se centran en la figura del sicario – *«desvaloriza la violencia al comercializarla y degrada las culturas populares al presentarlas como ajenas»*. Coincido con Villoria Nolla, porque algunas novelas y producciones cinematográficas terminaron reafirmando unos estereotipos que relacionan al joven con delincuencia y violencia social.

Se ha vuelto reiterativo mencionar la condición marginal y excluida de los jóvenes dedicados al sicariato. Pero llama la atención que esa caracterización se desprenda de las circunstancias en las que viven los adolescentes, ubicados en los sectores populares de las ciudades. No obstante, esa doble condición de marginalidad y exclusión en realidad se evidencia en las novelas en otros elementos mucho más complejos que las mismas circunstancias socioeconómicas y descripciones físicas del entorno. Por ejemplo, la situación «irregular» que representa la edad respecto al ordenamiento jurídico; la condición contra-cultural respecto al sistema social; las responsabilidades productivas que tienen que asumir; la exclusión en la participación social y

➤ Dossier ➤

política, entre otros aspectos. Lo anterior contrasta, sin embargo, con representar una franja muy especial de mercado, que también los presiona para tener un poder adquisitivo⁴.

La revisión del estado del arte en torno a las novelas, permite colegir que el análisis es pobre y escaso. Algunas no suscitaban comentario alguno por parte de los críticos. En la mayoría los abordajes no pasaron de reseñas críticas que, por las mismas limitaciones que ofrece el formato, no permiten profundidad en los comentarios. La ausencia de análisis críticos minuciosos puede responder a diversos factores, pero una pista interesante la ofrece el crítico Elkín Gómez, quien, al referirse a *Rosario Tijeras*, afirma que novelas como las de Jorge Franco forman parte de un género menor de la literatura, la novela negra, «en la cual no existe un manejo literario del lenguaje, ya que sólo se trata de narrar una anécdota, así como las diferentes peripecias de los personajes que se mueven alrededor de ella»⁵. Si bien es cierto que varias novelas no logran alcanzar un alto nivel literario, disiento del comentario de Gómez al relacionar *Rosario Tijeras* (que serviría de base para enmarcar a las novelas restantes) con la *novela negra*, considerada por el crítico como un género menor. La *novela negra*, como cualquier otro género literario, presenta exponentes con excelentes, buenos, regulares y malos relatos; su importancia está en desnudar a la sociedad. Pero partir de la premisa de que las novelas que trabajan el tema del crimen y del sicariato son de esparcimiento es descalificativo. Ello nos debería llevar a una discusión más profunda: ¿cuál es el método para analizar y comprender estas obras literarias? No se puede caer en divisiones anacrónicas y engorrosas que definen la literatura como culta o menor. Por encima de la calidad literaria de las obras, considero que las novelas y relatos testimoniales que menciono en el presente documento ofrecen la oportunidad de acercarnos a las voces de unos personajes y a unos entornos, que están más allá del cliché y del estereotipo. No obstante, no se puede negar que un sector de la crítica literaria colombiana considera a la *novela negra* como una literatura menor.

Para finalizar, es pertinente señalar que en la representación literaria del sicario es factible ubicar un sinnúmero de novelas y relatos más, pero que, primero, están relacionados con otros fenómenos socioculturales distintos al narcotráfico; segundo, que son de una calidad muy regular. Son relatos que no tienen mayores pretensiones literarias; narran historias que no nos dicen nada nuevo; literatura en la que abunda el afán del escritor por tener un éxito

⁵ Al respecto, GÓMEZ, Elkín. «Un género menor o de esparcimiento». *Boletín cultural y bibliográfico* 56. Bogotá 2001, pp. 118 – 120.

➤ Dossier ➤

comercial, no importa que éste también se refleje en la «piratería» de esquinas y semáforos; escritores que parecieran estar más preocupados por la venta de los derechos de autor que por la estructura narrativa o la construcción de los personajes.

Ahora bien, lo preocupante es que para bien o para mal este tipo de literatura se constituye en registro y memoria, pero ¿qué es lo que registra y cómo lo registra? ¿Dentro de cincuenta o cien años los lectores encontrarán en esos relatos los elementos para comprender la tragedia que vivimos? A los anteriores interrogantes habría que agregarle la preocupación que expresa Héctor Abad Faciolince respecto a que estos éxitos editoriales los están escribiendo, además, aquellos que él denomina «*hampones literarios*», es decir, los propios delincuentes, los «*periodistas de pacotilla*» o los «*tinterillos a sueldo*». **BU**